

UN CONGRESO DE AMNESTY INTERNATIONAL

CONTRA LA TORTURA

Durante siglos y siglos, la tortura ha formado parte de las costumbres humanas, en todas las sociedades y en todas las épocas. Durante esos tiempos, su validez ha sido escasamente —o nada— discutida; se ha considerado necesaria. La tortura se ha realizado en público; hombres ingeniosos y estudiosos han inventado aparatos para perfeccionarla, otros se han especializado en aplicarla o en dirigirla sabiamente para obtener los efectos deseados. Se ha aplicado a veces gratuitamente, sólo para aumentar los efectos de la aplicación de la pena de muerte (pero no tan gratuitamente: se trataba de aumentar el horror al castigo como elemento disuasorio); se ha aplicado también con una finalidad, que podemos llamar práctica, para obtener declaraciones, confesiones o abjuraciones ejemplares. En público y en privado. Naturalmente, no la han aplicado solamente las sociedades, los poderes, el Estado; también los delincuentes, las sociedades secretas, las sociedades paralelas. Los individuos. Hay formas llamadas menores de la tortura: niños que torturan animales, padres que torturan a sus hijos o a sus mujeres, maestros que realizaban castigos brutales —«la letra con sangre entra»—; hasta en forma de broma entre amigos. La tortura no tiene partido político, no es de izquierdas ni de derechas, no tiene color. O más bien es de todos, los tiene todos. Sin embargo, estas observaciones de la universalidad histórica y geográfica de la tortura no deben producir la aberración de creer que forma parte de la naturaleza humana, como se ha dicho de la guerra o de la violencia. Es algo que hay que erradicar.

El desprestigio de la tortura es relativamente moderno y comienza a producirse en este rincón del mundo que llamamos Occidente hacia el siglo XVI y toma fuerza con el humanismo. Se ha llegado a evitar prácticamente que sea un prelude a la ejecución o una forma misma de ejecución, incluso se ha llegado a la universalización de la idea de abolir la pena de muerte, ya conseguida en numerosos países, y prácticamente sin aplicación en muchos que la mantienen en sus leyes. El gran sobresalto de los descubrimientos de las torturas nazis (repetamos que no fueron privativas suyas, porque la tortura no tiene nacionalidad propia, ni partido, ni ideología) sirvió para dar un salto adelante en el camino de la abolición de la tortura en cualquiera de sus manifestaciones. Parece que hay, sin embargo, una actitud regresiva —como en tantas otras cosas—. Amnesty International descubre ahora que, «en 1972, el número de personas detenidas y torturadas en razón de sus creencias políticas o religiosas ha sido más elevado que en ningún otro año en el último decenio». Y el lunes 10 y el martes 11 ha celebrado en París un Congreso Mundial por la Abolición de la Tortura.

Amnesty International es un organismo bastante discutido en el mundo. Tiene doce años de existencia. Lo fundó en Londres el abogado Peter Benenson, con carácter privado y fondos procedentes de donativos, para ayudar a las personas encarceladas por razones políticas o religiosas; está reconocido por la ONU y el Consejo de Europa, está en relación con la Liga de los Derechos del Hombre y con la Cruz Roja Internacional. Consta de un millar de grupos de trabajo, voluntarios, que actúan en veinte países. Ha conseguido liberar numerosos prisioneros y atenuar las condiciones de encarcelamiento de otros. Las críticas que se le dirigen se centran en que puede tener un carácter político, que sus denuncias se dirigen más a ciertos Estados que a otros y que su acción resulta inoperante. Ahora mismo, el Congreso iba a celebrarse en la sede de la UNESCO de París; a última hora le ha sido negada la sala por «presiones de ciertas grandes superpotencias», que temen verse denunciadas. Una parte de las sospechas que recoge se deben a que cada denunciado se cree objeto de persecución especial, «dirigida». Su trabajo en favor de los encarcelados en países comunistas les condujo a ser acusados de instrumento anticomunista; sus denuncias de las torturas en Vietnam, en Grecia o, ahora, en Chile, eleva contra ellos la acusación

cantidades inmensas de dinero. Los Estados Unidos creen que los países europeos no comparten la carga en este sentido; los países europeos, en cambio, en un momento de angustia por los gastos públicos, entienden que no pueden hacer ahora sacrificios económicos. El punto de vista europeo acerca de la cuestión es el de que quizá ahora será más fácil reducir el número de soldados americanos en Europa y, sobre todo, que será necesario profundizar más en el entendimiento con los países del Este.

QUIZA sea excesivo hablar del punto de vista europeo, como si hubiese realmente uno solo. En realidad, este es el tema que va a tratarse en el fin de semana de Copenhague, donde van a examinarse los resultados de la reunión de la OTAN como parte del todo que es «volver a pensar el mundo». En el aspecto de la defensa, existe la tesis francesa —contrapuesta a la de Estados Unidos— de separarse cada vez más del peligroso aliado del otro lado del Atlántico. Es el pensamiento del general De Gaulle: no hay independencia real si no hay independencia militar. Lo que el general-présidente decía para Francia, Francia lo eleva ahora a Europa. Es el «Plan Jobert» —por el nombre del ministro de Defensa de Francia— o, si lo prefieren, el Plan Pompidou: que la Comunidad Europea sea propiamente europea y no «atlántica» y que, al amparo de ella, se vaya creando una política continental. Es decir, la resurrección de la Unión Europea occidental, que existe ahora de una manera latente. La independencia política se manifestaría ahora buscando una nueva relación con los árabes: la oferta de inversiones, empréstitos, ayudas, comercio y, posiblemente, medidas de aislamiento frente a Israel, a cambio del petróleo. No harían mal los árabes —si esta mano tendida se produce y si en realidad resulta eficaz, y si Europa puede ofrecerles alguna garantía de que los Estados Unidos no creen algún obstáculo demasiado grave— en aceptar la oferta. El riesgo que están corriendo con su embargo del petróleo —cuyo suministro redujeron en un 5 por 100 más, hasta llegar a un 30, el sábado último— es de los más graves. Si llegan a un ahogo excesivo de las economías mundiales, les puede suceder de todo.

EN el horizonte de la política europea estos sucesos que pueden sobrevenir no dejan de ser considerados. La idea de una alianza mayor, visible o invisible, entre Estados Unidos y la URSS para dominar el mercado de materias primas —no sólo ya el petróleo— no deja de ser una pesadilla. Europa estaba hasta ahora utilizando las materias primas del tercer mundo que le permitía utilizar Estados Unidos; ¿y si, en el nuevo reparto, estas materias primas, cada vez más escasas, dejasen de venir a Europa para irse directamente a la Unión Soviética? ¿Puede llegar el tantas veces denunciado «reparto del mundo» hasta ese extremo? ¿Podría tener la Unión Soviética escrúpulos —si es que en la política actual cupiesen todavía escrúpulos ideológicos— con respecto a una Europa que no ha cesado nunca de ser antisoviética, o contra un tercer mundo cuyos dirigentes han preferido la protección de los Estados Unidos y cuyos revolucionarios se han inclinado en los últimos años hacia «trotskismos», «maoísmos» u otros sistemas alejados de Moscú? Si la Unión Soviética ha intentado aproximarse a Europa durante los últimos años para equilibrar no sólo la presión de Estados Unidos, sino también la de China, y no ha encontrado la respuesta que esperaba, puede ocurrir que le sea más fácil ahora una alianza mayor con Estados Unidos, aunque sea en contra de Europa...

CUALQUIER observación del mundo en estos albores de 1974 no puede resolverse más que con preguntas. Cabe todo lo imprevisible. Estamos asistiendo a una quiebra muy grave de la política clásica como sistema de previsión y cálculo, que abarca desde las mismas nociones de estrategia de defensa hasta las de recursos económicos, porque estamos asistiendo también a una quiebra de los pronósticos económicos. Los «centros de decisión» van desde hace ya tiempo, y visiblemente desde estos dos últimos meses, a remolque de los acontecimientos; han perdido su control. Cualquiera suceso —una reanudación de hostilidades en el Oriente árabe o un estallido en cualquier lugar del mundo— puede producir nuevos cambios que hoy no se pueden calcular. Hay quienes creen que ninguno de estos acontecimientos —incluyendo la guerra del Yom Kippur, o la crisis de energía— se producen por sí solos, sino que son producto de un gran designio, de un juego de altos políticos. Americanos o soviéticos. Probablemente se trata de algo más grave. Los grandes designios tienen un sentido y un raciocinio, pueden elevar las tensiones o reducirlas de una manera calculada. Lo que parece que está sucediendo ahora es que nadie es capaz ya de controlar los acontecimientos, y que éstos pueden tener una salida optimista, hacia una vía de equilibrio, o totalmente pesimista. En un gran tanto por ciento de probabilidades, es muy probable que el mundo no vuelva a ser, durante mucho tiempo, lo que hemos conocido hasta octubre, hasta noviembre de este año.

CONTRA LA TORTURA

de estar al servicio del comunismo. En realidad, Amnesty International pretende ser la «Cruz Roja de los prisioneros políticos».

El lema al que se acoge ahora en este Congreso es una frase de Voltaire —que muchos, después, han esgrimido como suya: no importa—, que decía: «No estoy de acuerdo con lo que está usted diciendo, pero lucharía hasta la muerte para que pudiera usted decirlo». Las cifras que da para su convocatoria son, en resumen, éstas: hay en el mundo unas 500.000 personas encarceladas por mantener opiniones contrarias a las de sus Gobiernos, más de un centenar de países mantienen prisioneros políticos y religiosos y unos sesenta de entre ellos practican la tortura. En el momento en que se celebra el 25 aniversario de la Declaración de Derechos del Hombre (París, 1948), en cuyos términos se condena una y otra vez la cárcel política y la tortura física y moral, debe lanzarse de nuevo una campaña abolicionista.

Cuatro puntos esenciales forman el orden del día de las discusiones (cuyo desarrollo y contenido no conocemos aún). Son éstos:

IDENTIFICACION DE PERSONAS Y DE INSTITUCIONES RESPONSABLES.—Se trata de establecer hasta qué punto existe una relación directa entre los que practican la tortura y sus superiores, hasta llegar a saber si muchos poderes pueden ser considerados responsables o no. Es posible que muchos de los Gobiernos o Estados acusados estén luchando dentro de su mismo país contra la extensión de la tortura, incluso castigando a quienes la practican. ¿Existen grupos paralelos que actúan a la sombra del poder y que, en estos casos, son más fuertes que éste? ¿Se puede redactar un censo, con nombres y apellidos, de las personas que ejercen directamente la tortura?

CAUSAS SOCIALES, POLITICAS Y ECONOMICAS.—Si la tortura es universal, hay países donde se practica sólo ocasionalmente y por «incontrolados»; otros, donde forma parte de la organización de la sociedad. ¿Pueden distinguirse diferenciaciones sociales y económicas en estos factores políticos? ¿Hay unas determinadas situaciones históricas que favorecen la tortura; otras, que actúan como disuasorias? Para luchar contra la tortura ¿es preciso luchar primero contra condiciones sociales, educativas, políticas, que la favorecen?

FACTORES LEGALES.—Prácticamente, todos los países del mundo han firmado convenciones internacionales (la propia Declaración de los Derechos del Hombre) por las que se prohíbe ejercer la tortura; eso no impide que muchos de entre ellos la practiquen o la dejen practicar. ¿Puede llegarse a una nueva convención que produzca sanciones (como la expulsión de organismos internacionales, incluso de las Naciones Unidas) a quienes la practiquen? ¿Pueden tomarse medidas contra los juristas que de alguna manera las aprueben o las disimulen?

EFFECTOS MEDICOS DE LAS TORTURAS.—Aun cuando los torturados no mueran y sean puestos posteriormente en libertad, las torturas dejan en ellos huellas indelebles, cuando no físicas, porque se han inventado sistemas que no dejan trazas visibles, siempre morales, psicológicas. ¿Participan médicos en la aplicación de estas torturas o, por lo menos, en la dirección de los torturadores? ¿Hay médicos que reaniman a los torturados con el simple objeto de hacerles sufrir nuevas torturas? ¿Están obligados a denunciar a sus Gobiernos y a la opinión pública los casos de tortura que hayan podido observar? (Este último aspecto es, sin duda, uno de los que más han inquietado en altas esferas: puede surgir en él el caso de los psiquiatras soviéticos, que colaboran a internar en asilos o manicomios a miembros de la oposición.) ¿Pueden tomarse medidas contra los médicos que, de una u otra manera, participen en estas torturas?

Es evidente que no son más que unos cuantos aspectos del problema de la tortura. Como circunscribirlo solamente a los prisioneros políticos y religiosos es una reducción excesiva de sus términos. Por ejemplo, en la Libia del Ghaddafi se condena a los ladrones a la amputación de una mano (de las dos, si son reincidentes), a los adúlteros a morir lapidados, y ello se hace a la luz pública y según leyes oficiales. Es indudable que no son casos políticos (a menos que se trascienda la cuestión a la existencia de sociedades justas y sociedades injustas), y, sin embargo, merecen mucha consideración internacional.

Esperemos que cuando se conozcan los debates y las resoluciones del Congreso puedan arrojar alguna luz acerca de uno de los grandes temas de las sociedades de nuestro tiempo, que reniegan de las que les precedieron, pero que no acaban de disolver sus servidumbres. ■



ESCATOLOGIA DE LAS RESTRICCIONES

La administración pública va a ser la única, por ahora, sometida a las restricciones obligatorias de energía fluida. ¡La virtualidad del ejemplo! Esta nueva austeridad responde al patrón de "un buen padre se quita el pan

de la boca para dar de comer a sus hijos"; indicativo del mejor paternalismo. Nuestra sociedad es paternal. Es decir, está compuesta por padres (los hijos, o son asociados y no cuentan, o estudian para padres) y, por lo tanto, cualquier forma de ensalzar la imagen del padre está bien acogida y resulta profundamente gratificadora. Los pies helados de algún funcionario, la aparición de un sabañón en su mano, pueden hacernos meditar en las noches de invierno. Quizá nos estimulen a cerrar antes nuestros radiadores o a reducir la velocidad de nuestros automóviles.

Pero, ¿cuáles van a ser las consecuencias? Las restricciones de energía están produciendo resultados increíbles en Europa. Por ejemplo, en Italia se ha calculado ya que la reducción de calor en los radiadores va a aumentar la natalidad en unos cien mil ejemplares más de italianos al año. ¡Los hijos del frío! En Bélgica se ha registrado ya un aumento de la fe visible y militante: la supresión de los automóviles en domingo ha incrementado la asistencia a misa, según han podido observar y contabilizar en estas dos primeras semanas los curas católicos. En Suiza, en cambio, los resultados son de otra índole: el frío del hogar y el automóvil en el garaje hacen que aumente la frecuentación de bares, tabernas y cafés, se ha advertido un crecimiento en el consumo de bebidas y se teme un aumento en el alcoholismo, que ya es notorio en aquel país. Ninguno de estos efectos son incompatibles, ni lo son tampoco con otros no descubiertos todavía. Pensar que la manipulación del grifo del petróleo por un lejano jeque del Golfo puede producir un nacimiento, un alcohólico o la

repentina iluminación religiosa de un desahogado de la Iglesia nos muestra, una vez más, que los caminos del destino humano son —a pesar de Herman Kahn— inescrutables. A veces, un poco cómicos.

¿Pueden afectar las nuevas restricciones a nuestra clase burocrática? No me refiero, naturalmente, a su multiplicación natalista, puesto que la convivencia de los funcionarios en las oficinas se realiza sobre bases muy distintas, que ni siquiera la baja de grados en la calefacción puede alterar; ni a la elevación de la fe religiosa, que se supone muy elevada, como principio, en quienes tienen sobre sí la alta tarea moral de administrarnos. Y, desde luego, no hay ni que sospechar que les conduzca al alcoholismo. Me refiero, naturalmente, a lo imprevisto. La entrada de lo imprevisto en la función pública es, desde luego, inquietante. No está revisto. En todo caso, su conversión en héroes de nuestro tiempo da a los burócratas restringidos un nuevo papel.

El profesor Robert Escarpit ("Le Monde") comenta esta escatología de las restricciones con una cierta fruición por lo imprevisto. Vamos "à la découverte", dice, "tenemos un mundo nuevo que inventar. No ganaremos el paraíso ni mereceremos el infierno. Esperemos, únicamente, que se trate de un mundo vivible". Pero, ¿quién inventa ese mundo, quién nos lo está inventando? ¿Puede esperarse que sea vivible? Simplemente, este reencuentro con una cierta antigüedad —el frío, la lentitud, incluso el alcohol, son antiguos, son elementos a desterrar—. ¿puede considerarse como un elemento de descubrimiento, como un mundo nuevo?

Por el momento, los datos que se pueden ir recogiendo no deben producir más que una cierta extrañeza. Y, desde luego, la sensación de que no somos los dueños del mundo. Ni siquiera cuando somos funcionarios. ■

POZUELO